

José Enrique Covarrubias

Visión extranjera de México, 1840-1867

*1. El estudio de las costumbres
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

III. MATHIEU DE FOSSEY

Si en los escritos de Mühlenpfordt y Sartorius teníamos una aproximación integral de las realidades mexicanas, con atención tanto a los aspectos físicos como a los morales, preciso es decir que la obra de Mathieu de Fossey nos presenta un tratamiento más directamente enfocado a lo moral. En contraste con Mühlenpfordt, este francés no está empeñado en enriquecer la observación propia con una relación sistemática de datos geográficos, etnográficos y estadísticos. A diferencia de *México hacia 1850*, sus páginas no incluyen descripciones paisajísticas extensas, destinadas a retratar con detalle el emplazamiento natural de los mexicanos. La objetividad procurada por Fossey no se fundamenta, pues, en la investigación documentada ni en la ubicación precisa del hombre en su medio, sino en un abordaje directo de las costumbres que permite detectar tanto la huella climática como el progreso social. El primer objetivo, como lo sabe el lector, se ajusta al plan sociológico de Montesquieu; el segundo, a la temática de la prosperidad inaugurada por Humboldt, si bien asumida ahora en una tónica muy cercana a la del positivismo.¹

Antes de continuar, sin embargo, debo presentar la persona y la trayectoria de Fossey, quien se cuenta entre los más famosos residentes franceses de México durante el periodo abordado.

Nacido en Dijon en 1805, Fossey formó parte de un grupo de colonos franceses emigrados hacia 1830 a la zona del Coatzacoalcos con el objeto de colonizar las riberas de ese río y facilitar así la comunicación interoceánica.² El plan fracasó y buena parte de los colonos regresaron a su patria. Fossey se contó entre los que permanecieron en México y se ahorraron el triste espectáculo del hijo pródigo, como menciona en su libro. Radicado ya en el país hispanoamericano, se ganó la vida mediante la enseñanza del francés e incluso redactó un manual para el aprendizaje de dicho idioma, el *Método natural para aprender el francés o para enseñarlo*.³ Su carácter jovial y su condición de católico practicante

¹ En el mismo prólogo de *Le Mexique*, obra analizada en este capítulo, Fossey menciona a Montesquieu y Humboldt como sus principales inspiradores.

² La historia de esta expedición colonizadora es narrada por el propio Fossey en los primeros capítulos de *Le Mexique*.

³ Estos datos los he extraído de su libro, así como del apartado biográfico dedicado a él en la sexta edición del *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Porrúa, 1995, II, p. 1330. El mencionado manual de francés se encuentra en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

le permitieron una rápida adaptación a la sociedad mexicana, en la que lograría la aceptación de los círculos sociales medios y altos. Ciertamente, la orientación racionalista de su catolicismo⁴ lo hizo ver con extrañeza las clásicas manifestaciones religiosas de los mexicanos, por lo que sus comentarios sobre la población no están exentos de críticas al respecto. De cualquier manera, su experiencia de un cuarto de siglo en México, interrumpida únicamente por una breve estancia en Francia al inicio de la década 1840-1850, fue variada y satisfactoria,⁵ más afortunada que la de otros europeos también inmigrantes.⁶ Este francés sabía sin duda adaptarse y ganarse a la gente. Hacia 1856 Fossey retornó a su país natal, sin que haya yo encontrado noticia alguna de un retorno posterior a México.⁷

Señalaba ya que Fossey no despliega una relación estadística ni una descripción sistemática del entorno físico como apoyo a su cuadro social. La mayor parte de su libro principal, *Le Mexique*,⁸ consiste en recuerdos, impresiones y reflexiones dejadas por su larga convivencia con los mexicanos, por lo que sus páginas revelan más claramente su condición de extranjero que las de los autores ya vistos. Preciso es señalar que Fossey había publicado ya una parte de este escrito en 1844⁹ y que las secciones añadidas en 1857 completaron o enriquecieron lo incluido en la obra anterior. Sus páginas no dejan de confirmar la tradicional inclinación francesa al relato de memorias, amalgamado ahora con un estudio de costumbres de un país lejano.

Ahora bien, el poco interés de Fossey en los datos geográficos puede parecer paradójico frente a su manifiesta curiosidad por la influencia del clima en los mexicanos. La explicación de ese proceder radica en que este autor se interesa ante todo en la psicología de los habitantes, punto de partida para comprender lo social. Pero de cualquier manera el aspecto más interesante de su empresa sociológica, a mi modo de ver, reside precisamente en su solución implícita al problema del determinismo geográfico. Destacarla, por tanto, no sólo permitirá re-

⁴ En algún momento llega a expresar su desacuerdo con San Agustín sobre la necesidad de creer en lo que aparece como absurdo, sugeriéndolo por este último.

⁵ Vivió tanto en la ciudad de México como en Oaxaca y Colima, además de otras poblaciones de menor tamaño y diversa ubicación, según nos informa en *Le Mexique*.

⁶ Así, por ejemplo, no fue perseguido durante la guerra con Francia en 1838, como sí le sucedió a muchos otros compatriotas suyos.

⁷ La ficha del *Diccionario Porrúa* sugiere 1870 como fecha de su muerte.

⁸ Editado en París por Henri Plon en 1857. Las reediciones del mismo en 1862 y 1865, así como la facilidad con que se le encuentra en las bibliotecas de México, revelan que fue bastante leído en esos años.

⁹ El libro *Viaje a México*, editado en México por Ignacio Cumplido. Existe edición moderna de Conaculta (México, 1994).

conocer aspectos básicos de su pensamiento, sino precisar asimismo una de las condiciones básicas de la evolución sociológica ocurrida a mediados del siglo XIX. No encuentro, sin embargo, mejor introducción al punto que abordar la teoría determinista propuesta por otro inmigrante francés de esos años, David Jourdanet, un estudioso del impacto climático en la salud de los habitantes. Las consideraciones deterministas del médico Jourdanet nos revelarán la modalidad decimonónica del dilema entre necesidad y libertad humana, lo que a su vez nos permitirá acceder a la dimensión filosófica del problema.

En varias obras relativas a México, Jourdanet se muestra convencido de que las más altas mesetas de la América española resultan nocivas a la salud física y moral del ser humano, particularmente de la población blanca recién venida del Viejo Mundo. El punto de partida de Jourdanet es aquella característica orográfica americana a la que Humboldt prestó más atención durante su gran viaje por el Nuevo Mundo: la pronunciada elevación sobre el nivel del mar de las grandes masas terrestres. Como se sabe, Humboldt se interesó en la medición de las altitudes americanas, con gran énfasis en las transformaciones de la vegetación según el ascenso de las costas a las sierras. El célebre viajero, sin embargo, no aventuró teorías sobre las peculiaridades físicas y morales humanas en función de ese dato de la altitud. En esto prevaleció su conocida renuencia a cualquier juicio generalizador que no contara con una rica fundamentación empírica. Jourdanet, como veremos, no tiene reparo en atribuir directamente algunas de las principales características físicas y morales de la población americana a la diversidad de altitudes en que viven.

Si bien podría remitir al lector a *Le Mexique et l'Amérique tropicale*,¹⁰ obra de Jourdanet que expone de manera más amplia su teoría médica, resulta provechoso presentar de una vez en forma breve los principales postulados de la misma.

Jourdanet pretende sentar las bases de una ciencia nueva, la “barometría médica”,¹¹ a la que lo lleva una experiencia profesional de diecinueve años en México.¹² Lo que este científico pretende haber descu-

¹⁰ Editado en París por Baillièrre et fils en 1864. Antes, en 1861, Jourdanet había publicado *Les altitudes de l'Amérique tropicale*, un escrito de temática similar cuyas consideraciones pasaron a formar parte del nuevo libro.

¹¹ Define esta ciencia (*Le Mexique et l'Amérique tropicale*, p. v y 22) como un estudio de la salud y la enfermedad humanas en relación con la altitud, muy al estilo de Humboldt sobre la ecomonía novohispana.

¹² Jourdanet partió de El Havre hacia México en 1842 y ya en este país hizo estancias tanto en lugares de baja altitud (Campeche) como de situación más elevada (Puebla). El lector interesado en su vida y obra puede ver las informaciones proporcionadas en el citado *Diccionario Porrúa*, II, p. 1909.

bierto es el límite de altitud para la vida sana de los individuos de raza blanca provenientes de ultramar, más allá del cual comienzan a experimentar la degeneración física y moral.¹³ La degeneración en cuestión tiene que ver con el mayor esfuerzo del individuo para respirar una vez que ha rebasado ese límite,¹⁴ así como con los fuertes cambios de temperatura experimentados cuando se pasa de los lugares soleados a los sombreados y viceversa.¹⁵ El efecto más inmediato viene siendo, pues, el debilitamiento corporal, al grado de que los grandes esfuerzos físicos terminan por afectar el sistema nervioso. En el orden moral, los efectos quedan demostrados por una adolescencia amable y sana, pero acompañada de tal precocidad de inteligencia que ésta no tarda en adormecerse y dar lugar al embrutecimiento. El sopor moral consiguientemente explica tanto la incapacidad del individuo para realizar sus proyectos de vida como el advenimiento de una vejez prematura y sin frutos.¹⁶ Si bien estos síntomas de decadencia física y moral se muestran de manera más patente en el inmigrante blanco y su descendencia, Jourdanet caracteriza a la población nativa de tal manera que su tesis sobre las altitudes “degeneradoras” se extiende a todo el conglomerado humano: la población mexicana de las altas mesetas se distingue por su poca actividad y falta de decisión. Un cierto embotamiento de la sensibilidad se nota particularmente en las clases bajas de ese mismo medio, lo que explica además la tónica violenta de su existencia.

Me parece evidente que Jourdanet anda tras de algo que bien podríamos definir como una “influencia positiva” del clima en los hombres. Para explicarnos el grado de salud física y mental del hombre americano debemos atenernos ante todo a la presión atmosférica, que conforma las demás variables principales del entorno natural (temperatura, humedad, mundo orgánico). En principio, este médico no niega las capacidades morales de la población. Afirma que las pasiones y los impulsos del hombre, junto con su sensibilidad moral en general, resultan de la educación y la civilización, no de las situaciones atmosféricas.¹⁷ Sin embargo, su continua invocación del factor atmosférico al

¹³ El límite referido estaría dado por los 2 000 m sobre el nivel del mar.

¹⁴ Jourdanet señala los fuertes obstáculos ocasionados al proceso de hematosi (conversión de sangre venosa en arterial) por la disminución de presión atmosférica, sobre todo si el aire es seco, así como la “respiración exagerada” que a su vez origina una expansión notable del gas en la sangre (*Le Mexique et l'Amérique tropicale*, p. 93 y 132).

¹⁵ El notable calor en los sitios descubiertos procede de la cercanía al sol por la altitud, en tanto que la frialdad de las partes sombreadas proviene del adelgazamiento atmosférico, que origina un incremento de absorción del calor disponible por el aire (*ibid.*, p. 35-42). De notar es que este fenómeno había interesado ya mucho a los primeros estudiosos europeos del medio físico americano, José de Acosta, Juan de Cárdenas y Enrico Martínez, entre otros.

¹⁶ *Cfr.* Jourdanet, *op. cit.*, p. 126.

¹⁷ *Ibid.*, p. 139.

explicar hechos como la inconsistencia de carácter en los residentes de tierras altas, cuestión moral como pocas, demuestra que el facultativo no se ha planteado filosóficamente a fondo el problema de la libertad humana. Por mucho que Jourdanet proclame la capacidad de autodeterminación humana, sus conclusiones científicas traslucen un determinismo climático que la elimina virtualmente.¹⁸

Expuesta la teoría de Jourdanet, me propongo mostrar el horizonte comprensivo de Fossey y su superación implícita de ese determinismo climático que tan atractivo resulta a sabios decimonónicos como Jourdanet.

Para empezar debo advertir al lector que Fossey no escapó del todo al impulso a ver en el entorno natural la clave de los comportamientos humanos, o por lo menos de algunos de ellos. Este autor no pierde de vista las peculiaridades más sobresalientes de la naturaleza mexicana y la correspondencia que parece haber entre algunas de esas expresiones y las de la conducta humana. Entre las peculiaridades naturales mencionadas por él destacan las geológicas, relacionadas con una actividad volcánica constante y las oquedades insondables del relieve. La transcripción de varios pasajes de *Le Mexique* me permitirá precisar cómo entiende Fossey la influencia climática, lo que constituirá el paso previo a mostrar su relativización de la misma.

En el siguiente párrafo establece Fossey una correspondencia entre la lobrete geológica de cierto paraje mexicano y la del alma humana. En líneas anteriores el autor ha hablado de los bancos de lava y ceniza volcánica que salen al paso de los viajeros cuando éstos atraviesan la sierra meridional del valle de México rumbo a Acapulco. Se trata de un sitio desde el que muy claramente se percibe el carácter volcánico de todo ese valle:

En la Cruz del Marqués, lugar que recibe su nombre de una cruz ahí levantada, estos restos de los incendios terrestres se hacen menos visibles; los bosques de pinos crecen ahí con mayor espesura. Este paraje despierta temor entre los viajeros: los ladrones lo han escogido como escenario para sus hazañas. El pueblo de Huitzilac es el semillero inagotable de estos ladrones. Durante la guerra de independencia, los bandidos perpetraron ahí atrocidades indignantes con los españoles.¹⁹

Al párrafo citado podemos añadir uno segundo, relativo a las alteraciones que experimenta el corazón humano dentro de las oquedades

¹⁸ Y es obvio que la teoría barométrica de Jourdanet termina por coincidir con las buffonianas y depauwianas en cuanto al carácter degenerador del medio americano.

¹⁹ Fossey, *op. cit.*, p. 298. La traducción de éste y los pasajes siguientes es mía.

terrestres. El nuevo pasaje se refiere a lo sucedido en una mina en Guanajuato y vuelve a dar un ejemplo de correspondencia entre un medio físico lóbrego y el lado oscuro del ser humano:

Se cuenta de un obrero de minas de Rayas que, poseído por una tentación satánica, empujó al abismo a su esposa cuando ésta venía a traerle de cenar. Y bien, ¿podrá creerse que la desgraciada no murió? Gracias a haber tenido a su alcance un cable ascendente muy cerca del borde, con dos hombres amarrados a él, la mujer pudo aferrarse al mismo y encontrar un lugar entre uno de los hombres y la cuerda: se había salvado. De cualquier manera, su conmoción moral fue tal que durante mucho tiempo permaneció próxima a la imbecilidad. En cuanto al marido, aterrado por la enormidad de su crimen, huyó perdiéndose de vista y alejándose del país. Ignoraba que su esposa se había salvado y nunca más se supo de él.²⁰

Otros testimonios de Fossey sobre las transformaciones humanas al interior de las cavidades terrestres se encuentran en su constatación del notable aumento de la fuerza física de los cargadores dentro de las minas²¹ y en la impresión de salvajismo y grandeza causada en él por la gruta de Cacahuamilpa.²² En esta última, por cierto, su acompañante inglés estuvo muy cerca de perder la vida al querer encaramarse en una roca suelta.

Pues bien, pasajes como los transcritos muestran la inclinación de Fossey a detectar una influencia directa de las formas naturales, particularmente las geológicas y volcánicas, en la constitución física y psicológica del hombre. Visto en términos generales, a un entorno sembrado de manifestaciones de fuerza incontrolables, como las del vulcanismo y de los temblores, corresponde una realidad igualmente caótica a nivel de la psicología del pueblo.²³ No nos sorprenda así las repetidas veces en que Fossey presenta a los mexicanos como gente aturdida, incapaz de disponer de su potencial intelectual y a merced de esas fuerzas telúricas impresionantes que anidan en su medio físico. La expresión “México, tierra de volcanes y temblores” podría ser el lema de Fossey, quien durante su residencia en Oaxaca aprecia repetidamente el acobardamiento del pueblo ante los terremotos, pues “sintiendo que le falta el piso, llama al cielo a su socorro y grita en

²⁰ Fossey, *op. cit.*, p. 429.

²¹ *Ibid.*, p. 430.

²² *Ibid.*, p. 308-310.

²³ En Luis Manuel del Rivero (*Méjico en 1842*, p. 102), encontramos esta reflexión de forma explícita.

medio del fervor, o más bien de las angustias del pavor: ¡Señor, apiádate de nosotros!”²⁴

La falta de seguridad auténtica en sí mismos y el sentimiento de estar a merced de situaciones incontrolables es uno de los rasgos que Fossey más recurrentemente presenta como propios de los mexicanos. Característico de éstos es también, por ejemplo, el no atinar a hacer el bien, por más que lo quieran, dada su falta de tenacidad y energía moral.²⁵ El francés nota asimismo que, como efecto del “bello cielo” de su país, los mexicanos se inclinan notablemente a la versificación, al grado de poderseles calificar a todos de poetas. Se trata, sin embargo, de una vena poética muy superficial, inundada de lugares comunes y estropeada por la musicalidad excesiva del lenguaje:

Pese a que sus poesías son agradables al oído, del español puede decirse lo que madame de Staël hacía decir a Corina del italiano: nacida bajo un bello cielo, la lengua de Lope de Vega y de Zorrilla tiene un *charme* musical que hace placentero el sonido de las palabras, casi independientemente de las ideas. Por esto, entre los mexicanos es mucho más fácil que entre los pueblos del norte la seducción por la palabra, sin que haya profundidad de pensamiento ni novedad en la imagen.²⁶

Pero además de lo anterior, esta descripción del mexicano implica presentarlo como marcado por la monotonía del hábito y la falta de gusto en la convivencia social. Fossey ve ejemplos de todo esto en el repetitivo atuendo de las mujeres cuando van al teatro²⁷ y en el generalizado regodeo por el derramamiento de sangre y la mescolanza social perversa que privan en espectáculos como las corridas de toros.²⁸ También son recurrentes sus referencias al defectuoso e inconsistente sentido del honor y de la lealtad entre los mexicanos, síntomas que se presentan acompañados de una clara falta de franqueza y perseverancia moral.²⁹ Ante tales afirmaciones no asombra su conclusión de que en México sólo existen nociones pervertidas del bien y del mal, de las ideas y de los sentimientos: todos hablan de honor pero casi nadie parece entenderlo de verdad, al grado de que ese honor no se traduce más que en ir a misa.³⁰

²⁴ Fossey, *op. cit.*, p. 351.

²⁵ *Ibid.*, p. 541.

²⁶ *Ibid.*, p. 257-258.

²⁷ *Ibid.*, p. 245, en que asegura que entre la concurrencia a los teatros mexicanos no se ven figuras femeninas *charmantes* como las que se ostentan en los de Londres, Filadelfia y Baltimore.

²⁸ *Ibid.*, p. 231 y 240.

²⁹ *Ibid.*, p. 249-250.

³⁰ El liberal mexicano Lorenzo de Zavala atribuía el hiperbólico pero poco auténtico sentido del honor mexicano a los hábitos intelectuales infundidos en la colonia. La suprema-

Las afirmaciones anteriores dan una idea al lector de lo que Fossey entiende por continuar la tesis climática de Montesquieu. La verificación de la tesis implica en este caso el rastreo de la huella telúrica en las costumbres, los valores y las motivaciones del pueblo. Hay que decir que en la época de Fossey la vieja inclinación determinista de Montesquieu se agudiza con las corrientes positivistas y naturalistas que van cobrando fuerza en el medio intelectual. En Jourdanet esto se manifiesta en ese retomar la idea del hombre como máquina fisiológica.³¹ En Fossey advertimos la presunción de un moldeamiento del intelecto al ambiente natural y la consecuente descripción de un carácter nacional marcado por el signo de desorden e inestabilidad,³² origen a su vez de la inmoralidad social prevaleciente.

Acorde con una idea habitual en la vieja corriente de Buffon y De Pauw, Fossey remata su retrato del mexicano asegurando que éste es incapaz de experimentar la verdadera pasión, que entiende como lo que desata una gran energía de voluntad y de acción en el hombre, sacudiendo todas sus facultades y su ser entero.³³ Una vez más trasluce la idea de una incapacidad de autodominio y de conducta articulada, de lo que se derivan muchas deficiencias sociales. Que Fossey incorpore infaliblemente el factor clima en esto, lo demuestra su referencia a la propia experiencia en la ciudad de México. Residir en ella no sólo le ocasionó serios problemas de digestión, sino una auténtica incapacidad para leer, escribir, fijar la vista y hasta pensar.³⁴

Pero lo que más nos debe importar, y ya es momento de mencionarlo, es que Fossey no se limita a la descripción del carácter del pueblo, que es la realidad más marcada por el clima. También se propone dar razón de un *proceso civilizatorio* constatable en México, independientemente de los lastres morales que muestra aún la población, y es entonces cuando llega la ocasión de superar ese determinismo climático que siempre quedaba afirmado pero nunca demostrado. Por ser el aspecto

cía de la teología impidió entonces el desarrollo de una "ciencia de la filosofía moral", que Zavala entiende muy kantianamente como la capacidad individual de conocerse y autodeterminarse en bien de la sociedad. Véase su *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, II, p. 298 (la edición original de esta obra es de 1831-1832).

³¹ En la introducción hice alusión al determinismo fisiológico en Montesquieu.

³² Versiones similares de la influencia del entorno natural en las mentes de los pueblos se pueden encontrar en las obras del comtiano inglés Henry T. Buckle, autor de la *History of civilization in England, France, Spain and Scotland*, aparecida entre 1857 y 1861.

³³ Sobre el trasfondo dieciochesco de esta discusión, véase la introducción. La referencia de Fossey a la falta de pasión, en *Le Mexique*, p. 295, donde concluye que "el mexicano es siempre el mismo, nada lo mueve profundamente".

³⁴ Cfr. Fossey, *op. cit.*, p. 387-388. El lector puede notar la coincidencia de estos síntomas de Fossey con el deterioro nervioso descrito por Jourdanet en sus escritos.

que considero el más valioso de la visión de Fossey, reservo el apartado próximo para su exposición.

No entenderemos la referida superación del determinismo climático por Fossey sin atender a su filosofía social. Empecemos por el contenido que en ella adquieren los conceptos de *carácter y civilización*, cuya distinción resulta de primera importancia:

La civilización, desarrollada con gran rapidez en México, ha producido numerosos cambios en muchas cosas, pero no por ello se nota que el carácter de los mexicanos haya cambiado significativamente; éste ha permanecido más o menos como estaba. Uno puede reprocharle que ahora, como en los tiempos del yugo español, es demasiado escrupuloso en lo tocante al honor, la lealtad, etcétera, pero también le falta la franqueza, la energía sostenida y la nobleza. Estos defectos se encuentran más o menos en el mismo grado en todas las clases sociales y no podrán desaparecer enteramente sino al paso de cuatro o cinco generaciones.³⁵

Pues bien, una cosa es el carácter de un pueblo y otra su civilización, que puede hacer progresos pese a los defectos del primero. El carácter es lo que decisivamente está marcado por el clima, según hemos visto. Esta afirmación se confirma cuando constatamos que las formas de sociabilidad apreciables que más fielmente reflejan el carácter son las que, también de acuerdo con Fossey, reflejan mejor el efecto climático. Es el caso del trato amable y hospitalario mostrado por la población en general, sobre todo por las mujeres.³⁶ Con una naturaleza pródiga los comportamientos humanos resultan igualmente generosos y desapegados de las necesidades del mañana. Concluye Fossey que, por su trato, al pueblo mexicano se le puede calificar de *tout à fait sociable* y verdaderamente *charmant*.³⁷ Sin embargo, lo ya expuesto en las páginas anteriores nos recuerda que para este autor el carácter mexicano se distingue más bien por sus numerosos defectos.

Veamos ahora la idea de Fossey sobre la civilización. Por ésta entiende más bien la serie de esfuerzos colectivos destinados a superar la huella natural negativa asimilada en mayor o menor grado por el carácter. El pasaje recién citado nos ha mostrado su convencimiento de que la

³⁵ *Ibid.*, p. 249.

³⁶ *Ibid.*, p. 259.

³⁷ *Ibid.*, p. 260.

civilización puede penetrar —y de hecho ha penetrado— en un pueblo con tantos defectos de carácter como el mexicano. Fossey asume, como Comte,³⁸ una estricta unidad de la humanidad en virtud de la cual todos los pueblos se desarrollan hacia un mismo estado social, independientemente de si su carácter les ayuda en ello o no. El concepto civilización se refiere, en este caso, al perfeccionamiento de la organización social en vistas al dominio de lo natural y a la satisfacción de las necesidades de todos, lo que bien puede implicar autoritarismo político. Muy lógico resulta así que Fossey exalte la casi total eliminación de la criminalidad por las autoridades novohispanas a finales de la colonia,³⁹ así como los logros alcanzados algunas décadas después en Cuba por el gobernador dictatorial Miguel Tacón, quien obligó al poder judicial de esa isla a cumplir con su función.⁴⁰

Lo que ahora importa, sin embargo, no son las consecuencias políticas del ideario social de Fossey, sino mostrar cómo su distinción entre carácter y civilización le permite dar la dimensión justa a la influencia climática y superar así el determinismo.

Pues bien, lo decisivo en esto es que la huella climática detectada por él se revela siempre de manera más contundente y directa en los rasgos negativos, moralmente criticables, del comportamiento humano: insensibilidad moral, inconstancia y monotonía del carácter, crueldad, etcétera. Al explicar rasgos tan apreciables como el de la hospitalidad, Fossey excluye la influencia climática como factor único⁴¹ y asume la capacidad humana de dominar —o por lo menos controlar socialmente— los impulsos naturales. Esto implica a su vez la convicción de que la civilización —esfuerzo de organización social— corregirá con el tiempo el carácter original del mexicano, lo que sucederá de manera cabal en cuatro o cinco generaciones de mexicanos.⁴² Lo más relevante de todo esto es, pues, el reconocimiento a la capacidad de esfuerzo contra los impulsos naturales⁴³ y a las oportunidades abiertas

³⁸ Cfr. Aron, *Main currents in sociological thought*, I, p. 63-66.

³⁹ Fossey, *op. cit.*, p. 104.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 255. También Sartorius había elogiado el estilo de gobierno de Tacón en Cuba y propuesto un régimen de ese tipo para meter en orden a los proletarios de México.

⁴¹ Pues aclara, por ejemplo, que la hospitalidad se da mucho más fácilmente en la mexicana que en el mexicano, con lo que la influencia climática se ve matizada por la educación social de cada sexo. Esta última es factor moral y no físico.

⁴² Si por cada generación se calculan 25 o 30 años, este cambio tendría que ocurrir en la época presente.

⁴³ El efecto minorante del clima sobre las tendencias a robar termina siendo valorado por Fossey desde un punto de vista moral, encontrando menos mérito en la abstención de actos criminales por los mexicanos que por los franceses, quienes soportan un medio natural más ingrato (*ibid.*, p. 549).

por el mejoramiento material al moral.⁴⁴ Éste es ya el punto de partida de un Comte, por ejemplo, en su rechazo a la práctica revolucionaria prevaleciente como medio de mejoramiento social y su énfasis en el autoconocimiento espiritual mediante la veneración de la humanidad. La influencia climática queda reducida a *instintos primarios egoístas*,⁴⁵ contrarrestables mediante la presión social.

El lector podrá entender con más precisión las consecuencias de este planteamiento en el siguiente apartado. Por lo pronto, es importante que retenga la diferenciación conceptual de Fossey respecto de carácter y civilización, gracias a la cual supera el determinismo climático y no cae en contradicciones tan crasas como las de Jourdanet.

En la introducción a este libro mencioné la búsqueda de los principios de sociabilidad como una de las aportaciones de la sociología decimonónica y de ello he dado ejemplos en los apartados previos. En Fossey dicha búsqueda comienza precisamente cuando deja de lado el rastreo caracterológico de la influencia climática y se concentra en una comparación del grado de civilización en las dos sociedades que mejor conoce: la francesa y la mexicana. El tránsito de la descripción del carácter a la de la sociabilidad está ejemplarmente plasmado en el capítulo VI de *Le Mexique*. Este tránsito corresponde al de una explicación basada en el medio natural como causa omnímoda a otra que reconoce auténticas *causas sociales* en el sentido moderno del término.

La indagación de Fossey de los principios de sociabilidad da inicio, pues, cuando constata que en la sociedad mexicana la búsqueda del lucro individual tiene mucho menor importancia que en la francesa.⁴⁶ El afán de ganancias ocupa un lugar secundario frente a otro tipo de motivaciones en la escala de valores del grueso de los mexicanos:

Entre nosotros [los franceses] la sed de dinero domina todos los pensamientos y corrompe el corazón. ¡Cuántos sobrinos no esperan con impaciencia la muerte del tío del que son los herederos! ¡Cuántos hijos no verían sin mayor lamento que sus padres dejaran de existir! Y bien, en México no ocurre nada parecido; estos pensamientos criminales no degradan el alma; ahí no se desea la muerte de nadie.⁴⁷

⁴⁴ Lo que explicaré con detalle al final de este capítulo.

⁴⁵ Sobre esta noción sociológica de instintos o apetencias primarias egoístas en Comte (sexual, maternal y nutritivo), véase Aron, *op. cit.*, p. 93.

⁴⁶ Fossey, *op. cit.*, p. 260.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 280.

Se trata de un pueblo al que no lo mueve el espíritu de beneficio material individual. Al detectar los principios de sociabilidad, presentados ahora bajo una perspectiva distinta de la del carácter, el francés ostenta una sensibilidad sociológica indisociable de los propios valores morales. Fossey no deja de mostrar una franca admiración por este pueblo que se resiste a la “falsa libertad” moderna, basada en los supuestos goces del enriquecimiento. La sociedad mexicana está regida por un talante conservador respecto de esto, con la unión familiar como eje de gravedad fundamental. Prueba de ello es que los varones mexicanos de cierta posición gastan su excedente en coches de lujo o en adornos caros para su mujer,⁴⁸ como no lo harían los franceses, proclives a un tren de vida más burgués, más atendido a las comodidades.⁴⁹

El ahondamiento en los principios de la sociabilidad mexicana permite a Fossey llevar su comparación entre esta sociedad y la francesa a sus últimas consecuencias. Si bien este autor se expresa siempre orgulloso de su nacionalidad francesa y del ejemplo dado al mundo por la revolución de 1789, también se muestra capaz de reconocer los inconvenientes del nuevo orden de cosas. Admite que las sociedades más avanzadas comienzan a regirse por un craso espíritu de ganancias y de individualismo especulativo. En Francia, por ejemplo, se ha visto la desaparición de algunos hábitos sociales apreciabilísimos heredados del Antiguo Régimen. En contraste, varios principios de sociabilidad de viejo cuño perviven en México, donde se observan por lo menos dos actitudes honorables todavía inmunes al nuevo espíritu egoísta. Una es esa despreocupada hospitalidad de la que los mexicanos hacen gala de manera constante y que, comoveíamos, está potenciada por el clima sin reducirse a tal influencia. La segunda, la inusitada honestidad del comerciante mexicano, distinto en esto de algunos inmigrantes europeos engullidos por la voracidad. Entre esos comerciantes extranjeros Fossey destaca a sus mismos compatriotas, irrefrenables en el engaño y la explotación de los propios connacionales.⁵⁰ Para Fossey es claro que el plausible y honorable sentido de libertad de la revolución francesa ha sido deformado y estropeado recientemente por un afán de competencia que nutre el egoísmo desatado. Por fortuna, entre los mexicanos las

⁴⁸ Aunque también reconoce que algunos se dejan llevar por el vicio del juego.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 221-223.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 281 y 556-557. Ciertamente hay episodios de la historia mexicana del siglo XIX que ponen de manifiesto actitudes voraces en algunos comerciantes franceses. Uno de ellos es el de las jugosas especulaciones realizadas a costa del consumidor pobre en la ciudad de México en 1841, cuando la moneda fraccionaria de cobre sufrió un fuerte descuento en el comercio. Varios editoriales del periódico *El Siglo Diez y Nueve* correspondientes a los meses de octubre y noviembre de 1841 formulan esa acusación.

cosas todavía no alcanzan el nivel constatable en sociedades como las de Europa y Estados Unidos.

Otro principio general de sociabilidad muy importante y apreciable entre los mexicanos es su tolerancia religiosa y su falta de prejuicios raciales, por lo menos al comparárseles con otros pueblos. Fossey tiene en mente el triste espectáculo ofrecido en este renglón por Estados Unidos:

Es en Estados Unidos donde la tolerancia religiosa existe menos de hecho que en cualquier otro lado. Ahí se impone al ciudadano la obligación de profesar una religión, cualquiera que sea, con tal de que esté fundada en la Revelación, que posea una iglesia, un templo, una sinagoga, etcétera, y que se someta a las exigencias del protestantismo, como la de no trabajar, abandonar los teatros, abstenerse de hacer música y practicar algún juego durante los domingos. Por el contrario, México es uno de los países en los que la tolerancia existe de hecho al más alto grado: nadie se ocupa ahí de la vida privada de los miembros de las iglesias disidentes, ni siquiera de la de quienes no profesan ninguna especie de religión.⁵¹

Hay que recordar que el movimiento estadounidense de los *Know-Nothings* se había destacado en los años inmediatamente previos a los de redacción de *Le Mexique* por su talante persecutorio y discriminatorio frente a los inmigrantes católicos, particularmente los mexicanos.⁵² En contrapartida, Fossey exalta la índole tolerante y pacífica del catolicismo mexicano, que además es el factor decisivo de la unión social aún constatable en el país, por más que ésta se haya debilitado visiblemente tras de tantos levantamientos y revoluciones. El culto católico es el que mejor se adecua a la constitución física y moral de los mexicanos, asegura, y gracias a él los indios permanecen ligados a la sociedad civilizada. Pero lo más apreciable del catolicismo mexicano, opina Fossey, es que da ejemplo de un sentir religioso que no divide las conciencias y las familias, a diferencia de lo observable en otros países cristianos. La variante católica mexicana, junto con la ausencia de prejuicios raciales,⁵³ garantiza un vínculo social de alcances insospechados; más cosmopolitas que lo tradi-

⁵¹ Fossey, *op. cit.*, p. 473 y 447.

⁵² Sobre esto puede verse el libro de Leonard Pitt, *The decline of the Californios. A social history of the spanish-speaking Californians, 1846-1890*, Berkeley, Los Angeles/London, University of California Press, 1971, p. 136. Según Pitt, los *Know-Nothings* surgieron como un grupo político erigido en partido hacia 1855 con el objeto de combatir la preponderancia de los pueblos románicos (el "romanismo") y su influencia en el gobierno, escuelas y ejército.

⁵³ Fossey, *op. cit.*, p. 342. Obviamente que Mühlenpfordt y Sartorius no estarían de acuerdo con esta afirmación de la inexistencia de prejuicios raciales.

cionalmente asumido, los mexicanos profesan una religión que los prepara incluso a la convivencia pacífica con los extranjeros protestantes.⁵⁴

Una preocupación central del pensamiento político y social francés de la época, relacionada estrechamente con la tradición católica de ese país, es la igualdad de todos los hombres. El ideario social de Fossey no queda al margen de esta preocupación clave de una cultura política a la que Tocqueville definió alguna vez como movida por la “pasión de la igualdad”. De importancia suprema para Fossey es también el hecho de vivir en una era de industria y que esta actividad fomenta la igualdad:

en la explotación de las salinas [en México], el obrero está bien pagado y recibe una parte considerable de los productos. También se levanta antes del alba y trabaja toda la jornada con ardor, doblando a la vez los beneficios de su patrón y los propios. Así, la realización de una idea socialista esparce la satisfacción en todos los corazones. Unidos por un interés común, el propietario y el obrero aparecen conviviendo como si fueran iguales. Cuando se cumple con el propio deber, sin exponerse jamás al reproche, el imperio del jefe pierde lo que tiene de humillante para el servidor, y éste, a su vez, por recobrar su dignidad, se eleva a la altura de su maestro.⁵⁵

Esa misma conciencia de la posibilidad de atenuar las diferencias sociales lo incita a denunciar el egoísmo de los grandes propietarios mexicanos, causantes directos de un pesado yugo para los jornaleros, peor que el de los trabajadores ocupados en las labores no agrícolas.⁵⁶

Pero lo que más aprecia Fossey de la actividad industrial son los efectos disciplinadores de ella en el pueblo. No ocurre lo mismo en un ramo como el mercantil, en que las ganancias se hacen con facilidad y a menudo mediante engaños. La actividad comercial no puede ser calificada de honorable ni inteligente. Veámos que la principal muestra de tal situación la encuentra este francés entre los comerciantes de su mis-

⁵⁴ Por consiguiente, la oposición del clero mexicano a la colonización extranjera de su país le parece a Fossey un ejemplo de desconocimiento de los propios intereses, *ibid.*, p. 480.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 405-406. Acaso Fossey haya señalado esto en deliberado contraste con lo dicho por autores de inspiración populista, como Jules Michelet, quien en su célebre obra *El pueblo* (París, 1846), presenta el régimen industrial como expresión acabada de mezquindad y explotación. Véanse, por ejemplo, los capítulos III y IV de esta obra de Michelet, editada por la UNAM y el Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 74-95.

⁵⁶ Fossey, *op. cit.*, p. 342. Según Fossey, todos los colaboradores del hacendado (intendente, capataces, vigilantes, jefes de taller, etcétera) dan a éste el trato de *Vuestra gracia*, con lo que fomentan en él un corazón tan aristocrático como el de los monarcas. Esto lo nota particularmente en el Bajío. En el apartado anterior sobre Sartorius he dejado en claro la inconveniencia de generalizar en este punto.

ma nacionalidad residentes en México, quienes en su condición de comisionistas han solido ser muy abusivos.⁵⁷ En varios pasajes de su libro demuestra Fossey que su opinión sobre el comercio es negativa en general. He aquí algunas de sus expresiones al respecto:

El comercio, por más que pueda ser una profesión honesta si se le practica con integridad, no por eso constituye una carrera honorable, es decir, que arroje un lustre honorífico sobre el que la ha seguido. Honorables son solamente la virtud, el coraje y la inteligencia, y por tanto las profesiones que requieran estas cualidades; no puede haber honor en revender en diez lo que se adquirió en cinco; en eso hay ganancia y nada más.⁵⁸

He dicho que estar de ratón de mostrador en una tienda es humillante. En efecto, ¿acaso sirve este oficio para el cultivo de la inteligencia? No, lo que hace es embrutecerla.⁵⁹

Inscrito en una clásica tradición francesa de pensamiento social, Fossey define su época como eminentemente industrial y sobre esa base percibe los aportes más valiosos acarreados por el nuevo orden de cosas. El advenimiento de esta nueva era le parece benéfico en cuanto que la transformación industrial implica actividades propiciadoras de honestidad, colaboración, inteligencia e igualdad. Con gran orgullo —y acaso para compensar los males causados por los comerciantes franceses— presume de compatriotas suyos que han establecido beneficiosos centros fabriles en México. Entre ellos destaca el de textiles de monsieur François, situado en la capital.

Hasta ahora he referido la cara apreciable de la sociabilidad mexicana, tal como la percibe Fossey: la disposición sociable, la franca cordialidad, la buena voluntad, el gusto por el trabajo y la renuencia a poner el corazón en el dinero. Es tiempo de mencionar los aspectos censurables de la misma, de acuerdo con este francés.

Fossey encuentra que los mexicanos muestran en su comportamiento un aprecio exagerado por el hombre rico, fundamentalmente comerciante, en desmedro del reconocimiento que deberían profesar al hombre inteligente o útil, que es el más valioso a fin de cuentas:

⁵⁷ Aunque es justo decir que esta modalidad abusiva de comercio no era específica de los franceses, bien puede tener razón Fossey en que éstos hayan sido los más proclives a esos abusos. Sabemos que también los comerciantes ingleses, alemanes y de otras procedencias eran voraces. Ejemplos de ello se encontrarán en los trabajos de Rosa María Meyer, "Los ingleses en México, la casa Manning y Mackintosh (1829-1852)", en *Historias 16* (enero-marzo), 1987, p. 57-71, y en el ya citado libro de Mentz *et al.*, *Los pioneros del imperialismo alemán en México* (cap. 2).

⁵⁸ Fossey, *op. cit.*, p. 281.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 495.

Sólo el dinero tiene, a los ojos de todos, el brillo y el prestigio que ganan la consideración pública; y como el comercio viene siendo en general el único camino que lleva a la opulencia, por lo mismo los comerciantes forman la aristocracia del país. Aunque los condes, marqueses y los mismos *mayorazgos* —una especie de barones— mexicanos se vieron beneficiados con sus títulos tras de enriquecerse en el comercio, no por eso abandonaron sus tiendas: siguieron siendo comerciantes, persuadidos de que lo que había sido su medio de elevación a la nobleza no podía llevar a la derogación de la misma.⁶⁰

Lo que aquí nos describe es una herencia colonial cuya permanencia resulta perfectamente comprensible, dadas las enormes riquezas conseguidas. Pero a Fossey no se le oculta que tal situación significa un grave obstáculo para el mejoramiento social de México; opera contra lo que él llama, en una vena muy positivista, la “educación intelectual” del país, iniciada poco tiempo atrás: “La época en que México ha comenzado, por decirlo así, su educación intelectual, todavía está muy próxima a nosotros como para que se pueda esperar que los hombres inteligentes y útiles a la sociedad ocupen el rango que merecen en el espíritu de la generalidad.”⁶¹

Tras haber leído los dos pasajes previos, el lector podría suponer una aparente contradicción en la observación social de Fossey. Por una parte, ha elogiado la resistencia del pueblo mexicano a una idea de libertad animada por el afán de especulación y ganancias. Por otra, ha criticado una mentalidad que tributa prestigio y honor al hombre rico, aun cuando la riqueza se haya logrado en una actividad tan cuestionable como el comercio. Pues bien, creo que si se atiende con detalle a los dichos del francés se comprobará que no existe tal contradicción o que ésta es en todo caso relativa. La admiración al rico se le concede fundamentalmente en México a quien de alguna manera aparece como relacionado con la vieja aristocracia colonial, no a los especuladores enriquecidos por golpes de suerte. Así, además de las reverencias a los viejos familiares de prosapia colonial, Fossey registra un aprecio similar dirigido a las figuras de alcurnia, como las señoritas Iturbide (hijas del malhadado emperador), cuya renuencia a casarse con partidos de condición diferente ha sido muy aplaudida por la sociedad.⁶² De cualquier manera, el francés nos hace saber en otros pasajes que los anti-

⁶⁰ *Ibid.*, p. 280.

⁶¹ *Ibid.* Rivero (*México en 1842*, p. 286) concuerda en que el necesárisimo magisterio —foro, cátedra y púlpito— está muy relegado en México, donde no parece haber mayor curiosidad por el saber.

⁶² *Ibid.*, p. 570.

guos nobles novohispanos han comenzado a unirse en matrimonio con los nuevos ricos o la gente de condición modesta, con lo que apunta a una contradicción real de la sociedad mexicana. Lo que sí parece erigirse en criterio básico de todos es el del bienestar familiar sobre cualquier otra consideración.

Otro aspecto criticable de la sociabilidad mexicana en opinión de Fossey, esta vez en el ámbito de las relaciones laborales, es el continuo recurso al engaño, situación particularmente patente en la administración de las haciendas.⁶³ Se trata de una circunstancia más que confirma la tesis de la inexistencia de honorabilidad auténtica entre los mexicanos, efecto de no poderse sobreponer a los impulsos más naturales.

Presentados ya los principios fundamentales de la sociabilidad mexicana de acuerdo con Fossey, puedo mencionar lo concerniente a su método de análisis y aspectos sociológicos conexos, así como a su percepción de las principales tendencias sociales.

De primera importancia me parece aclarar el sentido que este autor confiere al estudio de costumbres. Para él, lo más relevante es aportar elementos que permitan juzgar sobre el estado moral de México en su totalidad, para lo que tiene muy en cuenta la individualidad nacional. Soslayar esta individualidad irreductible es lo que Fossey critica a algunos autores previos que han escrito sobre México,⁶⁴ como Jean Jacques Ampère,⁶⁵ Isidore Löwenstern,⁶⁶ Michel Chevalier⁶⁷ y la marquesa Calderón de la Barca.⁶⁸ Fossey, como tantos otros analistas sociales de su siglo, no se abstiene de expresar juicios de valor sobre la realidad observada y de resaltar ahora lo importancia de lo individual, lo distinto, lo irreplicable, justo lo que no vieron los escritores citados.⁶⁹ Esto constituye una divergencia notable con la orientación positivista mostrada por él en otras ocasiones, en que se orientaba a lo general y lo uniforme. También es claro el contraste entre esta nueva posición de Fossey y la de muchos estudiosos actuales de la sociedad y la política, montados en el

⁶³ *Ibid.*, p. 397. Realidad también mencionada por Richthofen, *Die äusseren inneren politischen Zustände der Republik Mexico*, p. 259.

⁶⁴ Fossey, *op. cit.*, p. vi y 542.

⁶⁵ Autor de *Promenade en Amérique*, 2 v., Paris, Levy Frères, 1856.

⁶⁶ Autor de *Le Mexique, souvenirs d'un voyageur*, Paris, Arthur Bernard Editeur, 1843.

⁶⁷ De él cita Fossey unas *Lettres sur le Mexique*, que según Margarita M. Helguera ("Posibles antecedentes de la intervención francesa", en *Historia Mexicana* 57, v. xv n. 1, 1965, p. 7) fueron publicadas en el *Journal des Débats* entre julio y agosto de 1837.

⁶⁸ Cuya obra ya he citado con anterioridad.

⁶⁹ Pues ante todo, sostiene, trataron de reconocer los rasgos de su propia nacionalidad en la mexicana.

supuesto de que lo científico comienza cuando se excluyen los juicios de valor y se adoptan los métodos de las “ciencias exactas” (cuantitativos, validadores, empiristas, etcétera).⁷⁰ Fossey nunca oculta su apego a las verdades del catolicismo⁷¹ ni su convicción de que la objetividad de su escrito reside en la consideración franca de cuestiones morales.

Aclarado lo anterior paso a señalar el proceder de Fossey para ordenar y dar significado social a los hechos observados, que en la terminología actual equivale al método sociológico. Pues bien, además de la referida discriminación entre hechos adjudicables al carácter y los propios de la civilización, Fossey procede mediante la comparación de vicios y virtudes entre las diversas clases sociales de México. Sólo un cotejo como éste le parece conducente a esa valoración moral general con que quiere coronar su abordaje social.⁷² Esta comparación metódica de las clases mexicanas tiene su importancia y amerita ser sondeada con detalle, con lo que conoceremos los resultados precisos de la misma y enriqueceremos el cuadro social de este francés.

De la lectura de *Le Mexique* se deduce que Fossey encuentra tres grandes clases sociales en México: alta, media y baja.⁷³ En el escrito no existe distinción sistemática entre población urbana y rural, como pasaba con Sartorius. Por factores de personalidad del propio autor,⁷⁴ las peculiaridades de la clase alta mexicana aparecen mucho mejor delineadas que las del resto. Uno de los aspectos que más indaga de este estrato es el tipo de relación que entabla con los extranjeros, y así encuentra que en las clases alta y media la mujer es la diestra y el varón el torpe. Este último, sobre todo el de clase encumbrada, declina relacionarse con los franceses y gusta de ostentarse como muy proclive a lo inglés;⁷⁵ las mujeres, en cam-

⁷⁰ Sobre esto puede verse, de José Porfirio Miranda, *Apelo a la razón. Teoría de la ciencia y crítica del positivismo*, México, Premiá Editora, 1983. En los capítulos II y III de este libro se critica con rigor la afirmación de la superioridad científica de los métodos mencionados.

⁷¹ No se arredra incluso de proponer una demostración matemática del misterio de la Trinidad, según la cual la fracción $1/0$ representa el infinito, que dividido entre 3 vuelve a dar infinito, con lo que queda establecida la representación visible de la infinitud de los atributos divinos (*Ibid.*, p. 563-564).

⁷² En la página 90 del libro nos dice que “por la comparación de los defectos y las cualidades, de los vicios y de las virtudes de cada clase de la sociedad, se podrá juzgar del estado moral de la nación”.

⁷³ La división en criollos, mestizos e indios, tan común en otras obras extranjeras de la época, ocupa poco espacio en este escrito. La más frecuente es entre población indígena y restante.

⁷⁴ A todas luces le gustaba relacionarse con la gente rica e influyente.

⁷⁵ Fossey, *op. cit.*, p. 273 y 278. Robertson, *A visit to Mexico, by the West India Islands, Yucatan and United States*, II, p. 273, afirma que el sentido del compromiso personal es común a británicos y mexicanos de clase alta, lo que ayuda a explicar su buen entendimiento. La marquesa Calderón (*La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, p. 161) ve en los ingleses al *establishment* extranjero más selecto que hay en México. El inglés Charles Lempriere

bio, tienen una notable capacidad para guardar las formas sociales y comportarse bien con quien sea, no obstante no ser muy cultivadas. De ellas nos dice:

Aunque mal educadas por ellos [sus maridos], en su corazón hay un fondo tal de equidad y de bondad, que en general uno tiene mucho más de que preciarle con su trato que con el de los varones. Están llenas de buen sentido, de espíritu natural y de tacto [...] En México, la mujer de mundo sabe sacar un tema de conversación atrayente de la nada; no puede decirse lo mismo de los hombres.⁷⁶

Las más encumbradas familias mexicanas, aquellas que han podido hacer estancias en Europa, han comenzado ya a difundir las bases de la convivencia social y del buen tono en la sociedad.⁷⁷ Según Fossey, sólo el bajo pueblo se muestra refractario a asimilar este provechoso mejoramiento de los modales. El pulimiento social de los más privilegiados ha venido a repercutir, pues, en una mayor diferenciación entre las clases sociales. Este pulimiento, junto con la difusión del espíritu industrial en México, significa que la civilización penetra gradualmente en el país hispanoamericano. Como vemos, el concepto de clase de Fossey está muy relacionado con el del refinamiento en el trato y las costumbres.

Respecto de la clase “decente”, en la que no sólo incluye a la alta sino también a la media, destaca Fossey la apretada situación económica de muchos de sus miembros en últimas fechas. Se trata fundamentalmente de una cierta capa urbana que, tras haber accedido a un nivel de bienestar considerable, cada vez encuentra más difícil sostener su desahogado tren de vida.⁷⁸ Una de las causas principales del ahogo económico referido proviene del exceso de gastos por parte de las señoras, que desatienden las posibilidades económicas reales de sus maridos.⁷⁹ Ante todo, Fossey alude aquí a las clases medias urbanas, al igual que cuando detecta una peculiar adecuación a las artes liberales y una particular sensibilidad a la belleza entre los mexicanos.⁸⁰

(*Notes in Mexico in 1861 and 1862: politically and socially considered*, London, Longman, Green, Longman, Roberts & Green, 1862, p. 86) asegura no haber encontrado en ningún otro país del mundo tanta alabanza y modales finos para con sus compatriotas como en México. Todo esto confirma que los británicos eran bien recibidos por la clase alta.

⁷⁶ Fossey, *op. cit.*, p. 250.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 224. Rivero menciona la costumbre de enviar a los hijos a estudiar a Europa (*Méjico en 1842*, p. 269), aunque lo ve como algo criticable: despierta entre los mexicanos un sentimiento cosmopolita francamente ridículo.

⁷⁸ Fossey, *op. cit.*, p. 207.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 250.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 447. En Costeloe, *The Central Republic in Mexico, 1835-1846*, p. 132, se cita un decreto de 1838 que menciona las profesiones de más fortuna en México: médicos, cirujanos,

Por lo que toca a las clases bajas, con las que Fossey definitivamente no ha convivido mucho, es poco lo que nos dice. En ellas incluye a los indios, quienes se aferran a su pobreza y desprecian el modo de vida del blanco.⁸¹ Nuevamente es la desconfianza extrema lo que se nos presenta como la característica principal de los indios, que a su vez explica su incapacidad de lanzarse al aniquilamiento de los blancos, para lo que no les faltaría el odio necesario. Pero, por otro lado, sostiene Fossey, el indio presenta actitudes notablemente crédulas, como ya bien lo había señalado Humboldt frente a quienes afirmaban que se trataba del ser más mentiroso del mundo.⁸² También respecto de este sector de población muestra el francés una cierta preferencia por las mujeres, quienes durante las ceremonias religiosas exhiben una devoción notable en sus rostros no desprovista de finura.⁸³ En cuanto a la población de clase baja no indígena, aquella que correspondería a los proletarios de Sartorius, Fossey menciona su incorporación plena al ejército, en el que ya no sólo ocupan los cargos inferiores sino también los de la oficialidad.⁸⁴ El lépero, por cierto, nos es presentado ahora como un personaje que respeta las jerarquías: “También hay que recalcar que los léperos no son vengativos y que en sus relaciones ordinarias con las clases altas son siempre humildes y pulidos; la gran libertad de que gozan no los ha hecho insolentes.”⁸⁵

Probablemente Fossey elogia al lépero tras compararlo de manera implícita con el revolucionario *menu peuple parisien*. De cualquier forma, el pasaje citado confirma su ideario social conservador, patente en el disgusto que transluce por toda posible irreverencia de las clases bajas frente a las altas.

Los párrafos anteriores ilustran sobre los alcances del método comparativo de costumbres por clases. Debo añadir que en todo se han tomado en cuenta los sentimientos que los diversos estratos sociales albergan entre sí. Al comparar las condiciones morales de las clases mexicanas Fossey consigna algunos perfiles de relación que dan nuevos elementos, esta vez no sólo relativos a los principios de la sociabilidad sino a las *tendencias sociales*, en un sentido muy parecido al que di a este término en el capítulo de Sartorius. Este último autor, sin embargo, delineaba a fin

abogados, corredores, arquitectos, maestros y agentes de negocios. Richthofen, *op. cit.*, p. 191, recalca el éxito económico de los médicos; Rivero subraya en varios pasajes de *México en 1842* el auge de la profesión de abogado por esas fechas en México.

⁸¹ Fossey habla de las peculiaridades de los indios en las páginas 344-345 y 470-471 de su libro.

⁸² *Ibid.*, p. 42.

⁸³ *Ibid.*, p. 372.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 77 y 267.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 260.

de cuentas una única tendencia general: el avance numérico y por adaptación del ambicioso mestizo en su afán de ocupar las posiciones del criollo. Con Fossey tenemos un cuadro más diferenciado de la dinámica social mexicana de mediados del siglo XIX. De notar serían las siguientes tendencias, algunas de ellas ya mencionadas en párrafos anteriores:

- 1) La creciente diferenciación social entre las clases educadas a la europea y el resto, contraste que acarrea de manera creciente el de las costumbres y el trato.
- 2) El progresivo odio de los indios hacia el blanco mexicano, rencor que, según el autor, no se extiende al extranjero. El francés, por lo menos, es bien recibido por el indio mexicano,⁸⁶ lo que habla de un cambio significativo en la sociabilidad indígena, ensanchada ahora mediante el trato con los europeos emigrados.
- 3) La tendencia de las clases bajas a cumplir en forma cada vez más exclusiva las funciones militares, lo que implica un significativo cambio frente a los periodos previos, en que los cargos de oficialidad eran ocupados por gente de clase alta. Al respecto expresa el francés una apreciación crítica que no he mencionado: el ejército concentra los vicios de las clases bajas y por eso es foco de inmoralidad.⁸⁷ Transmite la idea de que la institución castrense se está convirtiendo en una especie de refugio de los elementos sociales más perniciosos, a los que además garantiza impunidad.
- 4) La decadencia económica de una parte de la gente “decente”, principalmente en una clase media urbana de ciertas aspiraciones. El origen del problema parece estar en las expectativas desmedidas, incompatibles con su realidad económica.
- 5) Que entre la población educada de las ciudades gana fuerza la práctica de las artes liberales.
- 6) Una cierta recuperación económica de la ciudad de México, en la que se ven mejores establecimientos comerciales y se respira la prosperidad mercantil. Esta urbe está recuperando su condición de gran ciudad, en contraste con otras ciudades del interior.⁸⁸

⁸⁶ *Ibid.*, p. 278.

⁸⁷ Lempiere, *op. cit.*, p. 275, registra el mismo hecho y aclara que ese relajamiento se da principalmente en los cuerpos de caballería. La inmoralidad del ejército a que se suelen referir los autores de la década 1850-1860 se relaciona con la corrupción política, la criminalidad y el desfalco hacendístico.

⁸⁸ Esta preeminencia se reflejaba también en lo educativo, según lo revela Richthofen (*op. cit.*, p. 227-228), quien menciona el creciente hábito de las familias de provincia de enviar a los hijos a estudiar a la capital. Como centros educativos destacan, por cierto, los establecidos por franceses. En cuanto a Fossey, no olvidemos su aprecio por la actividad industrial, en la que la ciudad de México también descollaba.

Como veíamos al comienzo de este capítulo, la intención original de Fossey era precisar la influencia del clima en la sociedad mexicana. Dicho objetivo es alcanzado por él sólo de manera relativa, pues su conciencia de los alcances del impulso civilizatorio lo compele finalmente a asignar una importancia relativa a lo climático. La explicación social se concentra crecientemente en la civilización, concebida como esfuerzo de organización colectiva. Asuntos como los principios de sociabilidad y las tendencias sociales comienzan a desplazar a la trillada temática de los condicionamientos geográficos operantes en el continente americano.

Sin duda, la aproximación sociológica de Fossey combina convenientemente el enfoque analítico con el sintético, aunque a fin de cuentas prevalece este último. Como su objetivo final es la valoración del estado moral nacional, en su libro priva la intención de abarcar la entidad social completa. De cualquier manera, su contraposición de carácter y civilización y su múltiple método comparativo ofrecen una base de análisis suficiente para esa valoración moral final. Esta última ocurre sólo después de haber detectado el significado social de las costumbres, lo que da al autor una idea del grado de progreso del país.⁸⁹ El único aspecto poco tratado por este autor es el económico, lo que no es extraño si tomamos en cuenta su alejamiento de las actividades productivas.⁹⁰

Desde luego, lo que más resalta del significado social de las costumbres encontrado por Fossey es la índole conservadora del pueblo mexicano. Veíamos su convencimiento de que el catolicismo constituye el principal lazo de preservación de la población indígena dentro del complejo social, al igual que su admiración por la capacidad mexicana de no ceder al espíritu de cálculo y especulación prevaleciente en su época. Esto señala, en mi opinión, el principal aporte sociológico de Fossey. Tanto frente a la historiografía liberal dominante en los medios oficiales a finales del siglo XIX, como frente a la historiografía socioeconómica de las últimas décadas, la indagación social de este francés recalca pre-

⁸⁹ Para evidenciar qué quiero decir con significado social de las costumbres, recordemos sus observaciones sobre los hábitos familiares, como el de gastar todo el dinero en la apariencia de decoro (coche, joyas para la mujer, etcétera). Esta costumbre en sí no indica más que el desapego del mexicano a una comodidad doméstica intimista. Pero el significado social de la misma, obtenido al incorporar nuevas observaciones, es que la familia tiene prioridad en la vida social y que dicha prioridad va en contra del interés especulativo individual.

⁹⁰ Informaciones económicas de interés en *Le Mexique* son las relativas al precio de algunos productos mexicanos, así como la constatación de que la minería se recupera por esos años en sitios como Guanajuato. Por lo demás, las cuestiones económicas importan ante todo por su trasfondo social. En cuanto a la moneda, Fossey menciona la pervivencia del uso del grano de cacao como medio de cambio en zonas indígenas del sureste mexicano, como las de Tehuantepec.

cisamente lo que dichas escuelas han solido dejar de lado: los comportamientos y tendencias no subsumibles en una proclamada vocación nacional de liberalismo o en el afán de provecho material tomado como motor de la historia. Fossey resalta impulsos conservadores que contrastan tanto la búsqueda individual de lucro como la asimilación de doctrinas surgidas en otros contextos.

Si toda sociedad incluye tanto impulsos de cambio como de conservación, es claro que Fossey se concentra en los últimos, fundamentales en este caso para entender el conservadurismo social que afloraría en el porfiriato, irónicamente bajo una supuesta institucionalización republicana. Con la lectura de Fossey se explica uno perfectamente por qué el triunfo republicano de 1867 no significó la desaparición de rasgos sociales tan alejados del mismo como la expectación en torno a figuras de perfil aristocrático o el poco aprecio de la actividad intelectual.⁹¹ La orientación al comercio como actividad preferida o más segura en la búsqueda del éxito material también debe ser incluida en esta reseña de rasgos sociales constantes.

Pero también es justo reconocer que Fossey identifica algunos factores de cambio social importantes. De señalarse entre esos factores de transformación sería la creciente práctica de las profesiones liberales, lo que aún cobrará más fuerza en la clase media porfiriana.⁹² También aprendemos de él que la sociedad mexicana está cambiando en cuanto que la vieja aristocracia colonial accede ya al matrimonio con personas de extracción diferente. Finalmente, la prioridad del bienestar familiar por él detectada refleja ya una escala de valores típica de clase media que se impondría hasta nuestros días.⁹³ Sin embargo, me resulta claro que Fossey tiende a resaltar más el talante mexicano de mantener las costumbres y no aceptar sin más las innovaciones.⁹⁴

⁹¹ Y, como se sabe, aún en la actualidad México es un país de bajísimos índices de lectura y tiraje periodístico.

⁹² José C. Valadés, *El porfiriismo. Historia de un régimen*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, II, p. 237, menciona cómo en tiempos de Díaz la abogacía sigue atrayendo mucho a los estudiantes en general, aunque también ganan fuerza las profesiones de farmacéutico e ingeniero.

⁹³ El geógrafo Ratzel notó igualmente el fuerte peso de la familia en la vida cotidiana mexicana, al grado de afirmar que quien se casa con una mujer se casa de paso con su familia, por lo menos en cuanto al desembolso económico. Ratzel, *Aus Mexico. Reiseskizzen aus den Jahren 1874 und 1875*, p. 322. Sobre la importancia fundamental de la familia en la clase media mexicana actual, Gabriel Careaga, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Joaquín Mortiz, 1974, p. 72-80.

⁹⁴ Manuel Ceballos Ramírez (*El catolicismo social: un tercero en discordia*, p. 167) apunta la actitud conservadora con que muchos católicos mexicanos de principios del siglo XX enfrentaron las transformaciones traídas por los nuevos tiempos. Con una mentalidad que recuerda mucho a la descrita por Fossey, reaccionaron contra el "trastorno de la familia", el "hedonismo de las masas" y la "filosofía paganzada", entre otras cosas.

Si fuera preciso resumir la filosofía social desplegada por Fossey, cabría hablar de un ideario católico convergente en algunos puntos con la filosofía positivista.⁹⁵ Patente es, por ejemplo, la coincidencia con Comte en situar a México dentro de un paradigma de evolución social en que se concede la máxima importancia al desarrollo intelectual, al esfuerzo industrial y a la disciplina social consecuente. Pero más coincidente con el último Comte que con el primero, el autor de *Le Mexique* exalta la cohesión social garantizada por el sentimiento religioso en un país de población tan variada. Como el gran teórico positivista, Fossey aprecia el papel social de un cuerpo de ideas que no siembra la duda filosófica o la disputa insalvable y propicia en cambio el sentimiento de pertenencia a la humanidad. Sólo al postular la importancia de la individualidad nacional de México se separa decisivamente Fossey de la inclinación positivista.

Pero independientemente de la clasificación que quepa hacer del ideario de Fossey, estimo evidente que para éste, como para Sartorius, las vivencias en México constituyen una auténtica lección sociológica de alcance general. Si en Sartorius esta lección se relacionaba con la índole orgánica de las sociedades, en el caso del francés se trata más bien del ennoblecimiento moral del individuo a partir de su mejoramiento material, fenómeno que sólo un inmigrante como él puede experimentar en carne propia:

tras de diez años de estancia en México, no cabe duda de que todo europeo es mejor que lo que sería si hubiera permanecido en su país. Los sentimientos del hombre se purifican con la fortuna. Cuando uno se ha ganado liberalmente la vida, de suerte que no hay lugar para el miedo al hambre, uno se siente más dispuesto a compartir los males de otro, a ayudar a un amigo y a socorrer a un desgraciado.⁹⁶

El bienestar material puede así ennoblecer al hombre en lo espiritual, sobre todo si ese bienestar es logrado en forma honesta. Eso sí, una forma de vida tan orientada al éxito económico como la de México⁹⁷ implica una revolución en la escala de valores de europeos como Fossey. Ya durante el experimento de colonización francesa en Coatzacoalcos, y también después, cuando tiene que ganarse la vida,

⁹⁵ Yo no descartaría que Fossey haya leído obras como el *Catéchisme positiviste* (París, 1849) o el *Système de politique positive* (París, 1851-1854) de Auguste Comte, dado que aparecieron antes que su libro, redactado en 1856.

⁹⁶ Fossey, *op. cit.*, p. 280.

⁹⁷ Éxito económico, insisto, que Fossey no identifica con especulación individualista sino con bienestar familiar.

este inmigrante adquiere conciencia de la inutilidad de sus conocimientos en lenguas muertas y demás materias típicas de la preparación humanística francesa recibida.⁹⁸ Ya entonces constata que en México priva una inversión radical de la tradicional relación jerárquica entre amo y criado, intelectual y trabajador, situación relacionada con el hecho de que el trabajo está orientado a lo práctico y lo inmediato. El francés concluye que la gran falla de los revolucionarios de 1789 fue precisamente el no haber emprendido una reforma educativa que reforzara la impartición de conocimientos útiles entre la juventud.⁹⁹ Reflexiones como ésta sólo demuestran la conmoción profunda que una residencia en México podía significar para europeos tan conservadores como el maestro de francés oriundo de Dijon.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 92-94.

⁹⁹ Y recuerda que Rousseau ya había propuesto precisamente en su *Emilio* el aprendizaje de oficios artesanales por parte de los niños.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS